

ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ
ARZOBISPO DE TARRAGONA

SANTA TERESA

Y LAS

ORDENES RELIGIOSAS

DISCURSO

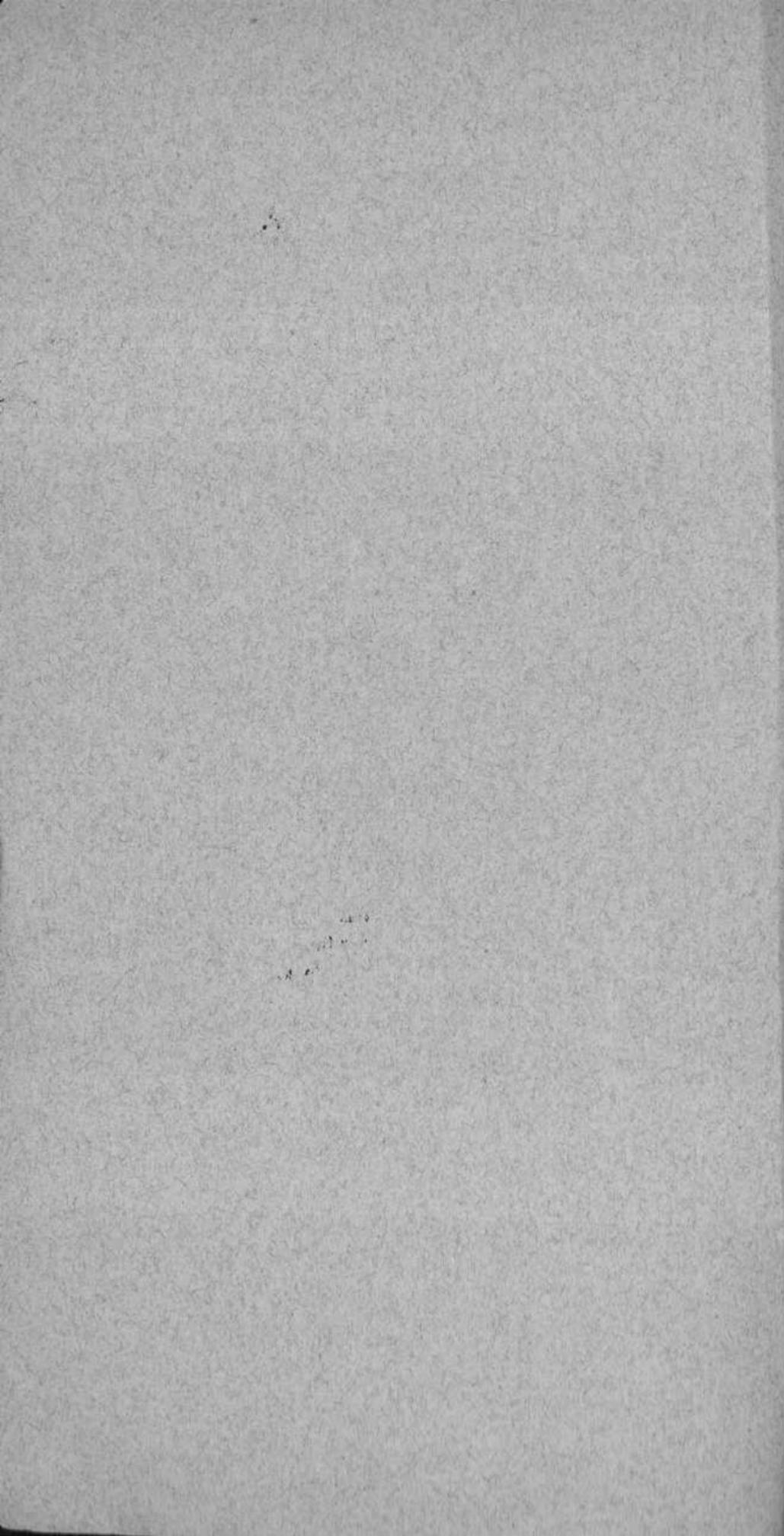
pronunciado en el solemne acto de la distribución de premios a los autores laureados en el "Certamen Literario Nacional" en honor de Santa Teresa de Jesús, organizado por la Archicofradía Teresiana, de Reus, con motivo del tercer centenario de la Beatificación de la inclita Doctora, cuya fiesta tuvo lugar el día 18 de Octubre de 1914 en el "Teatro Circo" de esta ciudad.

Edición publicada por acuerdo de la Junta organizadora de dicho "Certamen" en testimonio de gratitud a su venerable Prelado.

REUS

TIPOGRAFÍA SANJUAN HERMANOS

G-F 11368



060
A

Santa Teresa y las Ordenes religiosas

C.1172142 Trt. 137665



R. 127339

60 p - 2 h.

ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ

ARZOBISPO DE TARRAGONA

SANTA TERESA

Y LAS

ORDENES RELIGIOSAS

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL SOLEMNE ACTO DE LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS A LOS AUTORES LAUREADOS EN EL «CERTAMEN LITERARIO NACIONAL» EN HONOR DE SANTA TERESA DE JESÚS, ORGANIZADO POR LA ARCHICOFRADIA TERESIANA, DE REUS, CON MOTIVO DEL TERCER CENTENARIO DE LA BEATIFICACIÓN DE LA ÍNCLITA DOCTORA, CUYA FIESTA TUVO LUGAR EL DÍA 18 DE OCTUBRE DE 1914 EN EL «TEATRO CIRCO» DE ESTA CIUDAD.

EDICIÓN PUBLICADA POR ACUERDO DE LA JUNTA ORGANIZADORA DE DICHO CERTAMEN, EN TESTIMONIO DE GRATITUD A SU VENERABLE PRELADO.

TIPOGRAFÍA SANJUÁN HERMANOS
REUS · 1915

A la Archicofradía Teresiana de Reus debo dedicar los ejemplares de este discurso, aun siendo de tan escaso interés que no merece ser aceptado por nadie. A ella es deudor de la vida, pues sin el certamen nacional que organizó y con tan feliz éxito llevó a cabo no se hubiera escrito; y sin la bondad de su Presidencia y de su Junta no habrían salido sus palabras fuera del recinto donde por tan numeroso público fueran escuchadas.

Quisiera que más valiese para ofrecer lo que estuviera menos distante de la alta estima en que tengo a la piadosa asociación y de sus grandes merecimientos últimamente aumentados por lo que ha hecho para solemnizar el Centenario de la Beatificación de su excelsa Patrona. Pobre como es, pues más tampoco no da de sí mi escaso ingenio, me atrevo a presentárselo en prenda de particular consideración y como insignificante signo de mi extremada gratitud.

† Antolín, Arzobispo.

SUMARIO

Oportunidad del Certamen de Reus en honor de Santa Teresa. — La vida de ésta es apología irrefragable contra muchos prejuicios acerca de las Ordenes religiosas. — El monaquismo no es enemigo de las luces. — No es contrario a la originalidad. — No lleva la negra tristeza del pesimismo al alma. — No produce alucinaciones ni supercherfas en orden a la comunicación con Dios. — No impide el ejercicio de la actividad. — No debilita el carácter. — Ni es contrario al legítimo feminismo. — Causa de la indiferencia con que muchos han visto este Certamen.



RESPETABLES AUTORIDADES:

SEÑORES:



ORGULLOSO puede estar un Prelado, y lleno de ánimo y de confianza, con que en su diócesis haya fieles como los de Reus. Aquí donde se ha sembrado tanta semilla de iniquidad, donde todas las ideas heterodoxas concurren a la lucha y todas las propagandas sectarias buscan adeptos, los católicos no se amilanan ni se amedrentan: sostienen en alto, sin nunca rendirla, la sublime enseña de Cristo; públicamente practican los dictados de su conciencia religiosa; y dan gloria a Dios mostrándose como dechados de todas las virtudes y especialmente de la caridad en sus más variadas manifestaciones.

Y no se contentan con difundir su doctrina, que es la pura doctrina de la Iglesia, y con defender sus ideales, que son el reinado social de Jesús, en el pueblo que alumbran y edifican con el resplandor de sus buenos ejemplos mostrándose siempre como ciudadanos integérrimos, paci-

ficos, exactos cumplidores de las leyes y de sus particulares obligaciones. Su increíble actividad espacio mayor requiere en donde explayarse y en empresas de carácter nacional se ejercita cuando al bien y la honra de la Religión de esta manera puede contribuir.

Al ser preconizado para esta archidiócesis nobilísima y poner en ella con amor los ojos, lo primero que a la mirada se presentó, dulcemente recreando el espíritu, fué el Certamen público convocado desde Reus por la Junta organizadora de las fiestas constantinianas que aquí se celebraron con solemnidad no superada en parte alguna. Cuando conmemoró el mundo cristiano la entrada de Santa Teresa en el cielo, las solemnidades reusenses se abillantaron con un número cultísimo no menos que oportuno, el certamen nacional, que de verdadero éxito puede calificarse. Hoy que nuestra patria, por ser su centenario tercero, con la bendición y aplauso del Sumo Pontífice, solemniza la beatificación de la patrona de la nación hispana, desde la ciudad de Reus a todos los que han recibido de Dios y sienten arder en su frente la llama hermosa del genio se los invita a que depositen como ofrenda sus más puros y vivos resplandores en los altares de la Virgen abulense.

El haber en este pueblo religiosas de la Orden fundada por ella, y una asociación numerosísima de jóvenes Teresianas, y devoción singular a la insigne Reformadora del Carmelo justificaban que la fiesta del certamen español en honor suyo aquí se celebrase.

Las esperanzas más lisonjeras que acerca de su resultado pudieran concebirse quedaron satisfechas plenamente. Al oír la entusiasta invitación,

numerosos luchadores intelectuales descolgaron sus triunfadoras plumas y corrieron a esgrimir las en el noble palenque donde si no provechos materiales podían conquistar lauros muy gloriosos. Por la Memoria que acaba de leer el señor Secretario sabemos cuántos escritos concurren a que el Jurado Calificador los examinara; por la lectura que de alguna de las poesías premiadas habemos oído podemos advertir su calidad, superior a todo encarecimiento.

Yo deploro haber ofrecido premio tan insignificante si se parangona con los quilates subidísimos de la poesía del señor Ruano, que después de escuchar en el profundo silencio que produce la más alta admiración galardonesteis con aplausos tan estrepitosos, que su eco llegando hasta el autor le demostrará el entusiasmo que en todos nosotros despertara su obra inspiradísima.

No habéis erigido en vuestras plazas monumento de mármoles y bronce coronado con la esbelta y majestuosa figura de la virgen castellana, timbre de nuestra historia y honor inmortal de su sexo; pero hicisteis que tenga un monumento literario donde plumas habilísimas más expresivamente que con el pincel y el buril nos la han dado a conocer en toda su admirable grandeza. Mayor gloria un escritor recibe de la literatura que le ensalza las obras que no del arquitecto o del escultor que le dedican los propios trabajos.

Yo aplaudo cuanto dinero se gaste para de algún modo honrar a la que es honra altísima de nuestra nación; pero antójaseme que en nada mejor pudiera gastarse que en hacer una edición de sus escritos tan lujosa y monumental como se quisiere, después de otra tan barata que se diese

de balde y tan copiosa que los ejemplares se contasen por millones, de modo que cuantos conocen la lengua castellana pudieran tener en sus domicilios sin ningún coste tan insigne monumento de ella.

Y a más de una edición crítica exactamente ajustada a los originales o a las más autorizadas copias fotografiando hasta la última línea, si fuera posible, de las innúmeras trazadas por la fecundísima escritora, otra había de hacerse popular, renovando, modernizando el lenguaje y cambiando por los corrientes y usuales todos los giros y voces que en el día se califican de arcaicos.

Aparte del provecho que a la religión de ahí se seguiría, divulgándose sus doctrinas elevadas y poniéndose en práctica sus virtudes más heroicas, ¿qué obsequio para la escritora insigne tanpreciado como el ofrecer a los ojos del público sus libros sobre humana ponderación admirables, donde aparece cual en bruñido espejo retratada su alma, la más bella quizá, fuera de la de Cristo y su Madre, que la sabiduría de Dios sacó de los tesoros de su omnipotencia?

No quiere esto decir que sus libros, aunque merecedores de serlo más, no sean ya muy conocidos, y por consiguiente, estimados. A buen seguro que de los escritos en España ningunos otros tanto, sin excluir los de Cervantes. Las ediciones no pueden contarse. En ninguna lengua culta han dejado, y no una sola vez, de traducirse. Dos Ordenes numerosas, las de los Carmelitas Calzados y Descalzos, el mayor empeño toman en difundirlos; y los llevan a todas partes, hasta los países más inexplorados, donde están ellas o está su influencia. Los demás religiosos y

todas las personas espirituales tómanlos por norma y guía. Y cuantos quieran ahondar en materias teológicas y aun de meramente natural filosofía tendrían a desdoro no haberlos saludado.

Adornada con la doble aureola de la santidad y de la ciencia, no os dais por satisfechos los católicos de Reus tributándole cultos religiosos; y ahora os juntáis aquí para asistir a esta fiesta literaria en que se rinde culto a su talento.

El señor Bonet en el sentido discurso de acción de gracias reiteradamente pidió que me levantase a hablar. Otra cosa yo no debía hacer que volvérselas duplicadas y muy expresivas por su benevolencia y volver a sentarme. Después del discurso del mantenedor señor Serra, tan bien pensado como dicho, cualquier otro sobra. Conventría salierais de aquí sin que en vuestros oídos resonase voz alguna que turbara la encantadora armonía con que los regalaron y suspendieron los acentos ora robustos, ora dulces, melodiosos siempre, de vates insignes merecedores de que sus sienes se orlaran con el laurel de la victoria. Ni ¿qué podría hablar yo de Santa Teresa después que tantos y tan eximios escritores hicieronla objeto de sus estudios y de sus alabanzas, examinando su vida y sus libros a todas luces y en las más diversas relaciones? En la necesidad, sin embargo, de no callar por complaceros, que será para mí en toda ocasión el placer más grande, diré que la egregia carmelitana es en sí propia refutación triunfante de multitud de calumnias contra los institutos religiosos propaladas.

Una de las que menor consistencia tienen y contra la cual los hechos con voz elocuentísima

protestan es la acusación de ignorancia y de oscurantismo. Creerla sólo puede quien nunca en la mano tuvo un libro. En cualquier arte y ciencia monjes, frailes y clérigos regulares de toda denominación dejaron estampada la huella luminosísima de su paso glorioso por el templo del saber en todos los siglos. Ayuno ha de estar de todo conocimiento en literatura española quien ignore a cuán alto grado llegó por obra de nuestros escritores ascéticos y místicos.

Aunque otro ejemplo no hubiese, bastaría citar el de Santa Teresa por lustre literario de las órdenes religiosas. Maestros de crítica hay para quienes ella es el mejor escritor de cuantos se han expresado en lengua castellana. Otros quieren más aun: que se la coloque en línea aparte, formando clase singular y categoría única. Como, según observación de Cervantes, todas las comparaciones son odiosas, yo no la pongo en paralelo con ninguno de nuestros clásicos. Solo recordaré que lo que uno entre ellos señaladísimamente, el Maestro León, el que primeramente examinó sus obras, dió por averiguado: «En la forma de decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ella se iguale», fué corroborado últimamente por autoridad tan indiscutible como la del pulquísimo Valera, quien ante la Academia española, además de asegurar que «toda mujer que en las naciones de Europa ha escrito, cede la palma, y aun queda inmensamente por bajo, comparada a Santa Teresa» hace ver que el «hechizo de su estilo es pasmoso» y «su lenguaje, a los ojos desapasio-

nados de la crítica más fría, es un milagro perpetuo y ascendente».

Desde que el público pudo gozar de sus obras literarias hasta nuestros días, no ha cesado de resonar en torno de ellas la voz de la alabanza y de ofrendárseles el incienso de la más ferviente admiración. Los heterodoxos mismos, los muy apartados de sus ideas, se inclinan rendidos y reverentes ante la belleza y sublimidad de su lenguaje. El cual, si del idioma castellano dijo Carlos I. de España, que era entre todas las lenguas el más propio para hablar el hombre con Dios, podría decirse que era el menos indigno para que Dios hablase con el hombre. La gran mística lo caldeó con el fuego de su corazón abrasado en el amor divino, le vistió con las hermosas lumbres del cielo en las que su inteligencia estaba sumergida, lo impregnó de las dulzuras y suavidades que en el sobrenatural comercio del alma con Dios se gozan e hizole servir para declarar los misterios más recónditos de la eterna gloria y las verdades más altas que en las lumbres de la contemplación se perciben. En el Tabor de estas visiones celestiales, se transfiguró nuestra lengua, ungida con sobrenaturales dones, bajando a los llanos de las realidades ordinarias, pura, trasparente, rica y luminosa.

Desarrollada y completa ya en Castilla, no con muchos vocablos pudo acrecentar sus tesoros la insigne escritora; pero la precisión de trasladar al papel y poner ante la vista lo que pasa de vuelo la más elevada concepción de los celestiales espíritus, le sugirió modos nuevos de expresión, formando frases poéticas felicísimamente, y uniendo en maridaje dichoso palabras que a nadie se ocurrió juntar. Al volver de los

éxtasis solía escribir; y su pluma entonces, que parece arrancada de las alas de un ángel, diríase que en vez de mojarse en tinta se baña en los ardientes resplandores del empíreo. «Si los ángeles hablaran, escribió vuestro Mayans, (1) no hablarían de otra suerte».

Encuentra siempre la voz más apropiada, el giro más enérgico, el simil más idóneo, la imagen más expresiva, presentando la idea con su vestido único, con su forma inconfundible, a plena luz, sensibilizada, visible y como al alcance de las manos. A diferencia de los más de los escritores en su tiempo, no usa el habla cortesana, sino la popular, la de la vieja Castilla trayendo a sus libros, ennoblecidas y purificadas, las locuciones del vulgo que muchos autores doctos desdeñaron, conservándonos así el jugo, la sustancia, la médula del antiguo hidalgo romance empleado por los que descubrieron un mundo y se enseñoreaban del otro. Quien aspire a conocer a fondo la forma pura, genuina y castiza del idioma castellano en el siglo dorado de nuestras glorias, quien desee estudiar su evolución en el momento preciso cuando preparábase a subir el último peldaño por la escala de su progreso, habrá de acudir a las obras de la Santa, tenida por la Real Academia española como una de las autoridades para la redacción del diccionario.

Ningún otro estilista influyó tanto y dejó tan marcada su huella, su garra de león en nuestra literatura, donde se reflejan sus procedimientos psicológicos, su mezcla maravillosa de realismo y de espiritualismo, y la naturalidad y llaneza de la expresión caldeada por arrebatadora co-

(1) Ensayos oratorios.

rriente de amor y de vida. Ella, dice una gran escritora de nuestros días muy apasionada suya, (1) «inspiró a los que crearon el arte nacional y sigue inspirando a los que lo resuciten.»

No pudiendo desconocerse que los religiosos no son ajenos a la cultura literaria, hay quien niega en sus producciones espontaneidad y personalismo, viendo en todas no el reflejo del alma de cada escritor, sino la marca, el sello, la impresión intelectual de la respectiva orden, la cual viene a ser como el mitológico lecho de Procusto donde los espíritus tienen que acomodarse a costa de las mayores violencias a un molde férreo e inflexible, que uniforma todos los esfuerzos y ahoga todas las iniciativas, de suerte que, sin leer la portada, a tiro de ballesta se conoce si viste hábito religioso y de qué forma y color el que ha compuesto el libro.

Los de Santa Teresa, si no hubiese otros, fueran el más rotundo mentís de afirmación tan gratuita y liviana. Difícil será topar en nuestra historia literaria ni en la de nación alguna con escritor tan personal, tan subjetivo, de relieve anímico tan alto.

Si el estilo es el rostro del alma, en frase de Marco Tulio, o como se expresaba Villemain, el alma exteriormente manifestada por la palabra, de ningún autor con más propiedad puede decirse que tiene estilo; porque nadie así en las obras supo poner y vaciar el alma, tan hermosa que semejante no se ha visto, cual si Dios después de haberla hecho hubiese roto el molde.

(1) D.^a Blanca de los Rios.

En nuestros clásicos, en los estilistas más excelsos de la áurea centuria, se notan más o menos acentuadas influencias o del paganismo renaciente o del escolasticismo dominante, o de gusto italiano por toda Europa entonces en gran estima tenido. Cultivadores de la lengua latina más aún que de la propia, en muchos de sus escritos campea el hipérbaton ciceroniano con imitación no siempre feliz de idiotismos que sólo la culta sociedad del Lacio empleara. Un prurito muy común de exhibir erudición recargaba de textos extraños el texto haciendo su andar vacilante y embañoso. Y las reglas de Quintiliano y demás preceptistas de la gentilidad sujetaban fuertemente la pluma trazándole invariable camino y llevándola por muy estrechos carriles.

Teresa de Cepeda y Ahumada no sabía de latín más que lo preciso para entender difícilmente el Breviario; nada leyó de Gramática ni de Retórica ni jamás asistió a las aulas de una Universidad. No conocía otro idioma que el de su madre, ni salió nunca de España.

A semejanza de aquélla, que se los leía a los hijos desde pequeños, fué en sus primeros años aficionadísima a los libros de caballería, las novelas más usuales entonces. Ella propia declara que se quedó «en costumbre de leerlos»; que gastaba en este ejercicio «muchas horas del día y de la noche a escondidas del padre», añadiendo: «Era tan en extremo lo que en esto me embebía que, si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento». Sábese, aunque desgraciadamente no llegó hasta nosotros, que también, antes de entrar en Religión, compuso un libro caballeresco, del cual dijo su proto-biógrafo ponderando las aventuras y ficciones: «Salió tal que

había hartado que decir de él». Su padre gustaba de tener otros libros asaz más provechosos, de devoción y ascética, los que ella, que los calificaba de «buenos libros de romance», no pudiendo estar sin lectura, devoró pronto igualmente. Fué siempre, según nos dice, «amiga de buenos libros» y a las epístolas de San Jerónimo debió el ánimo para atreverse a decir a su padre que quería hacerse religiosa. El cambiar de traje, dejando para siempre el del mundo, a la edad de veinte años, no cambió su inclinación a leer; y, aunque pudo satisfacerla menos, la encaminó grandemente mejor.

Amén del rezo divino fueron sus obras favoritas el *Tercer Abecedario Espiritual* de Fr. Francisco de Osuna, la *Subida al Monte Sión* de Bernardino de Laredo, el *Arte de servir a Dios* de Fr. Alonso de Madrid, y las *Confesiones de San Agustín*, aunque no, ni mucho menos, las únicas. (1)

De su vehemente inclinación a las letras existe su propio testimonio cuando escribía: «Siempre tengo deseo de tener tiempo para leer porque a esto he sido muy aficionada». Lo cual era, según dice en otra parte, su única recreación. Cuando la inquisición no sin motivo en aquellas circunstancias vedó leer varios libros castellanos, incluso el *Audi filia*, del venerable Avila, las *Obras del cristiano*, de San Francisco de Borja, y la *Guía de Pecadores* y el libro de Oración y Meditación del gran maestro de vida espiritual, Fr. Luis de Granada, confiesa la Santa en su autobiografía: «Yo sentí mucho, porque alguno

(1) Con el título de «Santa Teresa y los libros» publicamos un artículo en la Revista de Cuestiones sociales.

me daba recreación leerlos». En cierta ocasión los directores de su conciencia le prohibieron toda lección, y una compañera suya y secretaria, también escritora, Ana de San Bartolomé, refiere haberle oído que repetidamente se le apareció el Señor ordenándole: «Dile a tu confesor, que te deje los libros; que el quitártelos es tiranía.» A buen seguro que lo que Dios juzgó, era también lo que juzgaba ella. Escritores hay que se entretienen en buscar el rastro que tales lecturas dejan en el espíritu de la incomparable escritora según él se manifiesta en los libros, creyendo ver coincidencias de expresión y semejanza de pensamiento.

Mayor huella que los libros marcó en imaginación tan viva y en inteligencia tan despierta y en memoria tan vasta la conversación con la buena sociedad de su tiempo, mientras vivió en su casa solariega, cuando estuvo a educarse en colegio religioso donde tenía por compañeras no pocas jóvenes de la aristocracia y cuando, dejada la soledad del claustro donde profesara con la poco estrecha clausura y mucha comunicación con el mundo que soler había antes del Tridentino, por su ejercicio de reformadora y fundadora de monasterios pasó varios años en frecuentes viajes y tratando de palabra y por escrito con toda clase de personas.

De la propia arca de su espíritu sacó las galas de la elocuencia, y del jardín fresco, lozano y oloroso del habla viva del pueblo, que no de las hojas marchitas y muertas de los volúmenes, recogió las flores brillantes y perfumadas de una elocución sin el menor asomo de afectación y de extranjerismo.

Asistía también cuanto posible le era a los ser-

mónes, pues, según dejó consignado, «era aficionadísima a ellos», añadiendo: «Casi nunca me pareció tan mal sermón que no lo oyese de buena gana... Si era bueno, érame muy particular recreación».

Pero indudable es que nunca entabló plática ni asistió a discurso ni hojeó libro con propósitos de imitar estilos ni de apropiarse ideas ni de tomar modelos para perfeccionarse en la escritura, sea cualquiera la parte que en ésta se suponga influida por lo que leyó o le fué predicado.

La más insigne escritora de nuestros tiempos (1), después de advertir que «todos los clásicos rinden el pabellón ante la escritura de Santa Teresa», reconoce que hay en sus obras «literatura, sí,—y no existe modelo más ejemplar—pero sin propósito libresco ni rastro de cálculo e intención.»

No fué escritora de oficio ni siquiera por vocación. Reiteradamente afirma que coge la pluma porque es Dios mismo quien se lo manda, como cuando refiere que el Señor se le apareció y le dijo: «No dejes de escribir los avisos que te doy, porque no se te olviden. Pues quieres por escrito los de los hombres ¿por qué piensas perder tiempo en escribir los que te doy? Tiempo vendrá que los hayas menester todos.» Y no sin repugnancia y sin vencerse mucho lo hacía. Obligada e importunada a ello por los Superiores, quejóse un día al Provincial de la Orden diciendo: «¿Para qué quieren que escriba? Escriban los letrados que han estudiado; que yo soy una tonta y no sabré lo que me digo: pondré un vocablo por otro, con que haré daño. Hartos libros hay. Por

(1) La Condesa de Pardo Bazán.

amor de Dios que me dejen hilar mi rueca como las demás hermanas, que no soy para escribir, ni tengo salud ni cabeza para ello».

Cuando se escribe para el gran público, cuando se le presentan y brindan los partos del ingenio, natural es que se los muestre bien vestidos, en forma que le agraden. No tenía por qué curarse de esto Santa Teresa, quien, humildísima y contraria a todo aplauso del mundo, no se prometía que muchos la leyesen. La Historia de su vida con que hoy estéticamente nos deleitamos y provecho tan grande espiritual recibimos, escribióla para que sólo sus confesores como manifestación de su conciencia, y particularmente de lo que creía culpas, al objeto de mejor poder juzgar su espíritu, se sirviesen de ella. Fué el primer trabajo en que se empleó su pluma y los trabajos que por él le sobrevinieron, denunciado a la Inquisición y allí retenido sin que viese nunca juicio favorable, no eran muy a propósito para estímulo de que siguiese ejercitándola.

Claro que en sus escritos como en sus hechos miraba el bien de los demás. Y tal, según ella cuenta haberle oído, era la intención de Dios. Quien en otra ocasión, apareciéndosele, le dijo: «Ya sabes que te hablo algunas veces; no dejes de escribirlo, porque, aunque a tí no te aproveche, podrá aprovechar a otros». Fué, sin embargo, a sus hijas, las sencillas religiosas de la descalcez carmelitana, a las que dirigía los libros; y así, aunque de ello gustase, no había para qué detenerse en hacer filigranas literarias ni primores de hablista.

Por esto, y por el género agitado y ocupadísimo de vida que llevó, pensaba muy poco lo que había y cómo lo había de escribir. En la vida

de ella advirtió el arzobispo Bordonio, Vice-delegado de Clemente VIII, que «no parecía sino que tenía un molde en su entendimiento de donde salían las palabras tan medidas y amoldadas con lo que había de decir, que con escribir tantos pliegos jamás se paró a pensar cosa de las que había de escribir». La misma dijo terminando el *Camino de perfección*: «Me doy por bien pagada del trabajo que he tenido en escribir, que no por cierto en pensar lo que he dicho»; y al acabar la relación de su vida manifiéstanos no haber «empleado más tiempo de lo que fué menester para escribirla.»

Si poco tardaba en formar las ideas de sus libros, menos todavía en la formación de las letras que las expresaban. En las declaraciones para su beatificación informaba su compañera la célebre escritora María de San José que «la mano la llevaba tan ligera, que parece era imposible que naturalmente pudiera escribir con tanta velocidad». No se cuidaba de la forma, porque abstraíase y quedaba como absorto su espíritu en la contemplación de la verdad mirando a retratarla fielmente con sus naturales relieves y los propios colores. Por lo cual informaban sus monjas, como María de San Francisco, de Medina, que muchas veces al escribir «estaba muy embebida... con un rostro inflamadísimo y hermosísimo» sin sentir si alguno entraba en la celda.

Al contrario de esos escritores, orfebres delicados y minuciosos del hablar, que en el retiro de silencioso gabinete, en la dorada ociosidad de una vida sin cuidados que trabaja por no aburrirse, no se cansan de dar tormento al estilo, torneando, puliendo y limando de mil modos la frase, peinando, acicalando y componiendo vis-

tosamente las palabras, para que el lenguaje, aprovechados con destreza sus elementos musicales y pictóricos, dé la sensación justa y exacta de realidad y de vida, ella escribía de ordinario según declaraba haberla visto siempre Sor María de la Encarnación, «sin detenerse a borrar ni a enmendar». Y era lo común que no leyese nunca lo que había escrito, hasta el punto de que en una carta decía: «Si faltan letras, póngalas».

Consistía esto en lo atareada que generalmente se encontró con graves quehaceres y negocios que le robaban el tiempo y muy poco seguido para dedicarse a la escritura le permitían. Escribo, dice, «casi hurtando el tiempo y con pena porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre y con hartas ocupaciones». De ella dijo el catalán insigne Capmany, que «le faltaban manos al paso que le sobraba materia»; donde parece estáse oyéndola cuando así se quejaba: «Ojalá pudiera yo escribir con muchas manos para que unas cosas por otras no se olvidaran.»

Aun así escribiendo, del lenguaje que frecuentemente usaba puede decirse con el clarísimo literato el P. Maestro Gracian, confesor ordinario suyo (1), que es «purísimo y de los más elegante-en lengua española; que quizá muchos letrados no acertaran a decir una cláusula tan rodada y bien dicha como ella la dice, aunque borren y enmienden mil veces; y ella lo escribió sin enmendar papel suyo de los que escribía y con gran velocidad, porque su letra, aunque de mujer era muy clara, y escribía tan apriesa y velozmente como suelen hacer los notarios públicos.»

Artista soberana sin conocer el arte, por un

(1) *El Dilucidario del verdadero espíritu.*

adivinamiento admirable, por una intuición prodigiosa, acertaba en cada momento con la voz adecuada, con el modismo más apto para tocar el alma dejando en ella impresión profunda. Sin embargo, con ser tan del caso y tan preciosos los materiales que empleaba, la combinación de los mismos para construir la obra, la arquitectura del lenguaje como llaman hoy a lo que llamábamos sintaxis los antiguos, no siempre se acomoda a los cánones de la preceptiva literaria y hasta, a las veces, al primer aspecto figúrase defectuosa. Lo que, generalmente considerado, podría tacharse como falta, no lo es aquí o si lo fuere no se fija en ello la vista atraída y fascinada por el brillo de la idea, por el donaire de los decires y, sobre todo, por el candor, la ingenuidad, casi infantil, la sencillez llanísima, el encanto indefinible que luce y campea en unas páginas a través de cuyas letras cabe admirar no sólo el pensamiento, pero también el alma entera, resplandeciente y hermosísima, de la autora.

En otros escritores no se ve más que eso, el escritor, que se vale de todas las seducciones, hechizos y embelesos del estilo y de todas las melodías, tersuras y brillanteces del lenguaje para vencer al lector y subyugarle y traerle cautivo y fascinado a la causa que se defiende. En las páginas de la mística Doctora prescindimos del autor con el fin de pasar más allá de los rasgos de la pluma y ver al hombre, o mejor dicho a la mujer, que para esclavizar nuestros corazones se contenta con manifestarnos el suyo y ofrecer la verdad lisa, llana y desnuda según está en su mente, sin acudir a las armas de la retórica y a los esfuerzos del arte como auxiliares poderosos con que ganarnos para su partido.

Sus defectos literarios son lunares como aquellos tres que tenía en la cara, que no impidieron decir (1) que su rostro era *extraordinario* y «tuvo en su mocedad fama de muy hermosa y hasta la última edad mostraba serlo.»

Si el escribir de la Santa se enmendara y reformase sujetándolo a los preceptos rigurosos del arte gramatical, viérase que perdía ese no sé qué misterioso e indefinible, esa gracia y donaire y bizarría que forma el atractivo sin par en aquellas páginas, tormento para los imitadores, que, desdeñosas con el arte, son modelo acabadísimo del arte más delicado. Antes de que se imprimieran quisieron corregirlas admiradores suyos mejor intencionados que discretos; pero la posteridad prefiere leerlas según salieron de su pluma, y confirma aquel opinar del incomparable autor de *Los Nombres de Cristo*: «Fué atrevimiento grandísimo y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien castellano verían que el de la Madre es la misma elegancia».

Elegancia particularísima que nace de no andar tras ella ni poner medio alguno para conseguirla, y que trueca en excelencia muy alta lo que en otros escritos pasaría por reprehensible. A las veces las ideas acuden en tropel para hallar expresión en los puntos de su pluma y de ella saltan desordenadamente cabalgando unas sobre otras o cortándose mutuamente el paso y deteniéndose a mitad de camino; otras, suelta el hilo de la narración para no reanudarlo sino mucho después—si es que torna a cogerlo,—intercalando unos en otros largos paréntesis; como

(1) María de San José. *Libro de recreaciones*.

en torno de la luz vuela la mariposa, al rededor de un pensamiento interesante en ocasiones revolotea su espíritu insistiendo en él reiteradamente, dejándolo para volverlo a tomar luego atraída por el gusto de examinar todos sus resplandores y beber sus destellos más escondidos; aunque por lo común hace lo contrario y a modo de abeja que salta ligeramente de flor en flor, aun no ha principiado a libar el néctar de una idea cuando la abandona para fijarse de pronto en alguna que ofrece mayor placer a su alma.

Leyéndola, y éste es su mérito en que ningún literato puede parangonársele, no os parece que teneis en las manos un libro si no que estais asistiendo a una conversación. No se ven sus letras, se escuchan sus palabras. El Obispo de Segovia D. Pedro Castro escribía en 1610, despues de decir que la Santa consultábale sobre la ortodoxia de sus trabajos literarios: «Para los que no la conocieron ni trataron, y tan solamente han leído sus libros, les quiero advertir de camino una cosa, y es, que los que los han leído o leyeren pueden hacer cuenta que oyen a esta Santa Madre; porque no he visto dos imágenes o dos retratos tan parecidos entre sí, por mucho que lo sean, como los libros y escritos y el lenguaje y trato ordinario de la Santa Madre.» Y no solamente nos figuramos que la oímos y la vemos, sino que al leerla leemos sin trabajo en lo más hondo de su espíritu. Poner los ojos en sus escritos, dice su último biógrafo D. Miguel Mir, «es ponerlos en lo interior de su alma, ojeando cuanto hay en ella en sus más íntimas profundidades. Es su relación a manera de un lago de agua limpiísima, en el cual podemos ver lo más menudo que hay en

su fondo, las guijas, las arenas, todo cuanto yace o se mueve en él».

Sí, la religiosa cuya exaltación a los altares hoy conmemoramos, muestra sin género de duda que el monaquismo no es traba para la libertad en escribir, ni troquel que funde en uno todos los espíritus, ni torno donde se da igual figura a los más varios caracteres: ningunos escritos como los de ella tan fáciles, tan espontáneos, de originalidad tan indiscutible. Su estilo no es el de las órdenes religiosas ni de religiosos determinados; es propio, es suyo, es único, como su alma, de la que parece un reflejo, mejor, un trozo. Es su espíritu personal, y no el espíritu carmelitano, el que vive y alienta y palpita y resalta en todas las expresiones abillantadas por la lumbre de su imaginación vivísima y caldeadas por el fuego de un corazón generoso.

Tampoco en la excelsa mujer a la que dedicais este espléndido homenaje literario, se advierte, ni de lejos, ese tinte de negro pesimismo, de doliente melancolía, de enfermiza tristeza, que el mundo cree observar en los que abrazan la cruz dentro de la vida religiosa. Consideran, sí, cual todo cristiano, la vida presente a modo de valle de lágrimas y lugar de destierro por donde se camina a la ciudad permanente, a la eterna vida. Pero el llanto,—con frase de nuestra Santa—(1) es «de lágrimas gozosas» y solo el pensamiento de la felicidad que les aguarda, les torna suaves todos los dolores y hácesela gozar por anticipado.

(1) *Vida*, cap. 19.

Los versos de Santa Teresa, que fué poetisa de altísimos vuelos, están impregnados de dulce nostalgia y exhalando el deseo ardiente de unirse con el Amado de su alma, viéndole cara a cara y no ya en el espejo de la fé.

Con ocasión de cantar una novicia aquellos versos tan populares entonces

«Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno;
véante mis ojos,
muérame yo luego.»

refiere con frase alambicada uno de sus biógrafos contemporáneos (1) que «como la tocaran en lo vivo, porque la tocaron en la muerte», sufrió un arrobamiento, al despertar del cual compuso la famosa poesía que comienza

«Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero»

Aquel estribillo famoso, lo mismo que el tener que la volviese a vida el placer de morir, expresado en estrofas que, [como algunas más de sus diferentes poesías, no revelan su originalidad acostumbrada, pues o comentan coplas populares o se resienten de cierto aire de conceptuosa afectación que principiaba ya a señorear nuestra literatura, hállase templado por la conformidad con el divino querer y por regaladísimas consolaciones del cielo. Ella propia nos dejó escrito (2) que si improvisaba versos manifestando sus tristezas fué «para gozar más la gloria que tan sabrosa pena le daba... para mostrar el gozo que con esta pena se siente».

(1) El obispo Diego de Yepes, *Vida, virtudes y milagros de Santa Teresa*.

(2) Cap. 16 de su *Vida*.

Otras de sus composiciones poéticas claramente revelaban la alegría en que rebosaba su espíritu, hasta el punto de que al principio varias de sus monjas, no bien formadas aún en la verdadera vida espiritual, se extrañaban de ello, respondiendo a una la Santa que no se había de estar meditando siempre (1), y diciendo a otras (2): «Todo es menester para pasar esta vida; no se espanten». Estos versos componíalos «para alegrar honestamente a sus hijas», cuenta una de ellas (3), y se los daba a cantar; y quería que en los días de grandes solemnidades celebradas con mucho regocijo cantasen lo que compusieran ellas propias, sin que, dice su primer biógrafo, «tuviesen mucha cuenta con el rigor de los consonantes». Además, según el aludido historiador, «ella misma cantaba y se acompañaba el compás dando suaves palmadas con armoniosa cadencia» (4), y otras veces, tocando con sonajas, tambores y pitos y diversos instrumentos musicales, que todavía pueden verse en San José de Avila. Conviene asimismo recordar (5) que en una víspera de fiesta «estando las religiosas en la noche en recreación, salió la Santa de su celda arrebatada de un maravilloso fervor e ímpetu de espíritu, danzando y cantando e hizo que el convento la ayudase, lo cual hicieron con notable alegría».

Y cuando hubo fundado varias casas estableció entre ellas a modo de un intercambio de villan-

(1) *Crónica de los descalzos*, libro 2.º.

(2) Sor Inés de Jesús, en las informaciones de Segovia.

(3) María de San José en las Informaciones de Consuegra.

(4) Lib. 4, Cap. 13.

(5) Nota de un cuaderno de versos en el monasterio de Cuerva, citado por La Fuente, *Obras de Santa Teresa*.

cicos, dando por razón (1) «Yo amiga soy de que se alegren.»

Eralo tanto porque, según advierte en el Memorial a modo de testamento que dejó para sus comunidades, no comprendía la vida del que no teme a la muerte si no es «estar con extraordinaria alegría». Por eso repetidamente a las monjas inculcaba (2): «No es menester andar tan encogidas y apretadas, sino andar con una santa libertad». Y no admitía a religión a las que fuesen melancólicas (3) porque «estragan la casa» (4); y daba frecuentes avisos para no dejarse dominar por la melancolía. (5).

La alegría es tan característica de los santos que ha de tenerse en cuenta para su beatificación, al tenor de lo que Benedicto XIV dispuso. En unos más que otros se nota, porque entra también por mucho su temperamento, ya que por axioma se tiene que la gracia no destruye la naturaleza sino que la eleva y perfecciona. En Teresa de Ahumada fué asombroso que las enfermedades y trabajos de toda especie no acabasen con su natural buen humor. Cuentan los que la vieron, que se reía de tan buena gana que nadie

(1) En carta a Sor María de San José, priora de Sevilla.

(2) *Camino de perfección*, cap. 73.

(3) Carta al P. Gracián, n.º 262.

(4) A esto dedica todo un capítulo del libro de las *Fundaciones*.

(5) Merece conocerse este párrafo de su primera biografía (lib. 4, cap. 24): «Gustaba que anduviesen alegres como ella lo andaba; y refase con mucha gracia de los que teniendo un poco de devoción andaban luego encogidos, y, como ella decía, encapotados, y no osaban hablar pensando que luego se les había de ir la devoción; y quería que tuviesen cada día su tiempo señalado para recreación y que cantasen en las fiestas de los santos, y hiciesen coplas al mismo propósito y se holgasen.»

podía menos de reirse cuando ella; consignan con Ribera «su buen aire en el andar»; y pásmanse de su constante alegría. (1). No le faltó ésta cuando es lo ordinario que desampare a los demás. Basta decir lo que refiere el P. Bañez (2) de que al salir de una conversación donde contáronle lo mucho que la murmuraban, y ella respondía que si bien la conocieran más mal podrían decir, se dió un grandísimo golpe con la frente contra el quicio de una puerta y al ir su hermana a levantarla la oyó decir riendo: «Ay hermana, esto me digan a mi que es trabajo, que sé donde me duele, que estotro que decían no sé donde me dan.»

Con los males no se entristecía; y de cualquier cosa sacaba motivo de alegrarse y bendecir a Dios. Señaladamente, declaraban sus compañeras (3), «era muy aficionada a las flores del campo y al elemento de agua»; gustaba mucho del canto de los pájaros (4), consistiendo ello, según la propia Santa dejó escrito (5), en que le servía de libro «ver campo, agua o flores».

Este su festivo y regocijado temple manifestóse en los frecuentes viajes. En muchos de los pueblos que recorrió se conservan chistes, agudezas, ingeniosidades que se oyeron de sus labios. Su conversación, amena, chispeante y donairoso hacía llevaderas las penosísimas caminatas a los acompañantes, los que, dice su primer historiador, «ni se cansaban de los trabajos ni

(1) Libro 4.º

(2) En las informaciones de Salamanca para su beatificación.

(3) María de San Francisco, en las informaciones de Medina.

(4) María de San José en autobiografía.

(5) *Vida*, cap. 9.

se hartaban de la suavidad y gracia de sus palabras, porque eran muy apacibles y alegres.» «Todo se pasaba riendo», refería una de sus monjas, distinguida escritora también (1). Además, agrega su capellán e historiador (2), «los muchos trabajos los llevábamos con grandísimo contento, porque la Santa Madre nos tenía buena y graciosísima conversación... y componía coplas y muy buenas, porque lo sabía bien hacer, sino que no lo usaba sino cuando en los caminos se ofrecía materia de donde sacarlas», sin exceptuar las ocasiones de temor y de inquietudes. (3)

Como hablaba escribía, manifestando a la menor ocasión el gozo que bañaba su espíritu, la serenidad y sosiego entre las más terribles pruebas, sin que tal fuese su propósito, cuando me- mos podía esperarse, obedeciendo al impulso de intensa alegría que informaba todos sus actos y saltábale hasta de los puntos de la pluma.

Fuera de ésto, que solo ignora quien no la haya leído, revélase a veces en sus producciones literarias un humorismo sano y jovial, y chistosa muy delicada ironía. No es la sátira suya fuerte y reñida con la caridad, sino ática, sutil, graciosa y tan fina que no llega a parecer un alfilerazo y más a una caricia se asemeja. Recuérdesse

(1) María de San José.

(2) Julián de Avila, *Vida de Santa Teresa*.

(3) He aquí un caso referido por Julián de Avila: «Como nos vió a todos con alguna necesidad de alguna recreación santa que nos deleitase, compuso unas coplas muy graciosas al tiempo que habíamos de pasar el Guadalquivir en una barca; porque en eso de componer a lo divino tenía también notable gracia; y así nos íbamos entreteniendo y olvidando en parte el trabajo del camino con las coplas». Bien conocidos son los versos de rogativas para que se viese la comunidad libre de ciertos insectos.

la descripción de la manera de vivir las beatas de Villanueva de la Jara, y el *vejamen*, especie de veredicto en un concurso espiritual y literario, que dió por orden del obispo de Avila, y dígase si quien así a costa suya y de los demás se ríe, tenía el corazón encogido y el ánimo apretado por la férrea coyunda de las reglas monásticas.

Lo cual es tanto más para advertir cuanto que nadie quizás con mayor exactitud las cumplió, y, sobre ésto, fué llevada de Dios por caminos extraordinarios subiendo a las cumbres más altas de la contemplación y teniendo frecuentemente raptos, éxtasis, visiones y hablas divinas. La certidumbre de lo sobrenatural en ella sirve para que no se nieguen de plano los arrobos y revelaciones con que el Señor a otras personas religiosas ha favorecido. Las celestiales mercedes de que fué objeto, tiénelas la iglesia por piedra de toque y contraste para el juicio sobre la veracidad de las otras y, ciertamente, nada serio puede objetarles la más rigurosa crítica.

Cuando un escritor puso su lengua blasfema sobre la honra de Teresa de Jesús pronunciando la palabra *mentira*, hasta los más incrédulos de entre los lectores de la Santa se sintieron indignados. A poco que se haya hojeado sus obras se convence uno de que no exagera cuando asegura: «No diré cosa que no haya experimentado». (1) «Antes que mentir pasaría mil muertes.» (2) «En esto de hipocresía, glo-

(1) Relaciones.

(2) Morada 4.ª n 2.º.

ria a Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido». (1) Sus relaciones milagrosas con Dios púsolas por escrito porque así se lo ordenaron los moderadores de su conciencia. «Yo digo, contaba con su acostumbrado candor de niña, lo que ha pasado por mí, como me lo mandan; y si no fuere bien, romperélo a quien lo envió, que sabrá mejor entender lo que va mal que yo.» (2); pues, «por ventura lo que a mí me parece mejor irá mal». (3).

A tiro de ballesta se nota la repugnancia que le causaba el haber de referir sus comunicaciones con los moradores del cielo: siempre se humilla confesando no merecerlas y como quitándoles importancia. Hasta en los detalles de menos significación tiene escrúpulos de equivocarse y, si no está segura del dato, preséntalo como dudoso. El que no estuviere dominado de prevención contra ella la habrá de creer cuando dice: (4) «Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme mas mercedes que tuviesen muestras exteriores»; y al aseverar en otra parte: «He dejado hartas cosas que quien las ha visto y sabido no las pueden dejar de tener por milagrosas. Destas no he querido decir ninguna».

Al remitir a su director espiritual una de las Relaciones de hechos prodigiosos que había experimentado, decíale: «Mire vuesa merced que todo esto va debajo de confesión». Presumible es que el primer original de la historia de su vida desapareciese porque ella propia lo rasgase;

(1) *Vida* - cap. 7.

(2) *Vida*, cap. 12.

(3) *Fundaciones*, cap. 27.

(4) *Vida*, cap. 20.

pues, conforme declara una testigo de vista (1), cuando el P. Maestro Báñez por prueba de su obedecer le mandó quemar el nuevo escrito, al momento se dispuso a entregarlo a las llamas. ¿Qué crédito y reputación y alabanza había de pretender engañando con sus obras si no las destinaba a la publicidad hasta después de la muerte? En la de sus Fundaciones decía (2): «Pues mientras fuere viva no lo habeis de ver, séame alguna ganancia despues de muerta lo que me he cansado en escribir esto.»

A fe que cuando con cuerpos de monjas se alimentaban las hogueras de la inquisición en Valladolid, la cual descubría y castigaba los embelosos de religiosas embusteras lo mismo en Córdoba que en Lisboa, no era el tiempo más propio para fingir prodigios y locuciones divinas. El haberse descubierto, bien a pesar suyo, algunas de las mercedes con que Dios la regalaba, trájole disgustos gravísimos, que no es de este lugar referir. Contra toda su voluntad se enteraba de sus arrobamientos la gente. Escribiendo a su hermano Lorenzo (3), al contarle que algunas veces sucedía ello públicamente en el coro, agregaba: «Ni basta resistir, ni se puede disimular: quedé tan corridísima que me querría meter yo no sé donde». Sólo el pensar, dice (4), que las gracias extraordinarias con que el Señor la enriquecía pudieran ser conocidas del pueblo, «me inquietaba mucho el alma. Vino a términos que, considerándolo, de mejor gana me parece me de-

(1) Isabel de Santo Domingo en los informes para la beatificación.

(2) Cap. 27.

(3) 17 Enero 1577.

(4) *Vida*, cap. 31.

terminaba a que me enterraran viva que por esto»: tal fué la causa de haber querido encerrarse en un convento del extranjero donde nadie la conociese. Con su gracia característica manifestaba, conforme nos lo trasmitió uno de sus más antiguos biógrafos (1), que le habían levantado tres falsos testimonios: ser de buen parecer, discreta y santa; y que, aunque los primeros los creyó algún tiempo, en el otro «nunca se había engañado tanto». Y, según expresión suya (2), nada la atormentaba como el que se le hiciera mucho caso.

Si el tenerla por engañadora se resiste al espíritu más preocupado contra ella, el creerla engañada no es fácil teniendo el ánimo exento de preocupaciones.

Muy humilde y nada segura en sus propias luces, ponía ante los directores su alma como era dejándola gobernar por ellos y sujetándola enteramente a su juicio. Bien pudo escribir (3): «Siempre he procurado buscar quien me dé luz». Quería para confesores los más doctos, y daba esta razón: «Siempre fuí amiga de letras. Gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados... Buen letrado nunca me engañó». (4) Y el Maestro Báñez, uno de los teólogos más eminentes de su siglo, que siempre se manifestó poco dispuesto a creer fácilmente revelaciones de monjas, de que en su tiempo, a pesar de los rigores muy justificados de la inquisición, había una verdadera plaga, cuenta haberle dicho muchas veces la madre Teresa «que se le sosegaba más el espíritu cuando consultaba algún gran letrado que

(1) Yepes, lib. 3, cap. 7.

(2) *Vida*, cap. 31.

(3) *Vida*, cap. 10.

(4) *Vida*, cap. 5.

no era hombre de mucha oración y espíritu, sino muy puesto en razón y ley». (1) Y ella en una de sus Relaciones (2) dejó consignado que no le gustaba ofrecer el examen de su conciencia «a quien le parecía que creía era todo de Dios... A quien veía temeroso trataba de mejor gana». Variaba de confesores con frecuencia; túvulos de todas las órdenes religiosas; consultó con los varones más doctos y experimentados en cosas de espíritu, los cuales no una vez sola formaban junta para resolver sobre su doctrina y hechos. Si ella fué una ilusa, de ilusión habría que calificar toda la ciencia teológica de su siglo.

Nadie menos propensa a dejarse alucinar. Advertía en una de sus cartas (3) que las monjas «que tienen poco entendimiento siempre piensan que aciertan.» Y como ella tenía mucho, pensaba siempre lo contrario. En otra de sus Relaciones hablando de cuál podría ser el origen de ciertas mercedes extraordinarias con que fué recreado su espíritu decía: «Nunca creyó tan determinadamente que era Dios, con cuanto le decían que sí, que lo jurara». Aunque siempre, escribe en otra parte (4), «me quedaba un parecerme era Dios, yo me hacía a mí misma desmentir».

Lejos de buscar lo que llamaba *hablas divinas*, era todo lo contrario. «Me duró, dice, (5) casi dos años el resistir, con el gran miedo que tenía, y ahora lo pruebo algunas veces; mas poco aprovecha».

(1) En las informaciones de Salamanca para la Beatificación.

(2) *Relación*, 7.

(3) Al P. Rodrigo Alvarez.

(4) *Vida*, cap. 7.

(5) *Vida*, cap. 16.

Bastábale para temer confundir lo sobrenatural con lo que de la misma naturaleza proviniese, su condición de mujer, pues, reparaba (1), «es mucha nuestra flaqueza y podría venir a mucho mal». Las mujeres, afirma en otra parte (2), «muchas veces se engañan a sí mismas sin querer»; siendo de ello una de las causas (3) que por lo común «no saben entender mil cosas que hay interiores», y ni siquiera (4) «se entienden para decir sus faltas». Lo que a otras sucediera, servíala también de preocupación y recelo; pues, observaba (5), «en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres y engaños».

También la inquietaba la fuerza de la imaginación, en ella vivísima, aunque la tenía por torpe (6), a la que llamaba con frase pintoresca *la loca de la casa*, pues cuéntanos (7) haber tratado con muchas personas «que se embeben de manera en la imaginación, que todo lo que piensan claramente les parece que lo ven». Pero, añade, «quien tuviese mucha experiencia de las hablas de Dios, no se podrá engañar en esto, a mi parecer, de la imaginación».

Sus continuas enfermedades de carácter neurótico e histérico la hacían estar en guardia y muy sobre sí. El mismo cuidado quería que tuvieran la Priora y los confesores con quienes padecieran semejantes enfermedades, pues (8) «de estas personas no hay que hacer caso aunque digan

- (1) *Vida*, cap. 16.
- (2) *Vida*, cap. 23.
- (3) *Fundaciones*, cap. 4.
- (4) *Morada*, 5, cap. 3.
- (5) *Epistolario*, carta.
- (6) *Vida*, cap. 23.
- (7) *Vida*, cap. 4.
- (8) *Morada*, 6.

que oyen y entienden, ni inquietarles con decir que es demonio sino oírlas como personas enfermas». No una vez sola distinguió efectos originados de enfermedad en personas de quienes se decía recibir apariciones y locuciones del cielo. Así, por ejemplo, cuando (1) un confesor fué a consultarla el caso de una mujer que pro-palaba aparecérselle la Virgen y revelarle lo futuro, Santa Teresa se limitó a responder que «se esperasen aquellas profecías si eran verdad»; y con efecto, «venido a entender, todo era desatino». Y de otro que aseguraba tener celestiales arrobos dijo: «Con dormir, comer, y no hacer penitencia se le quitó a esta persona».

Para que no se atribuyeran, cual hacen los incrédulos, a ciertos achaques morbosos todas las visiones que la iglesia juzga milagrosas, fué muy conveniente que Santa Teresa las padeciese, de forma que lo natural y sobrenatural en ella aparecieran con toda distinción separados. Hay quienes afirman (2) que ninguna mujer era menos histérica que la Santa. Pero médicos imparciales reconocen «continuó sufriendo hasta sus últimos días el histerismo común iniciado en su adolescencia», si bien dicen, como el Sr. Perales Gutierrez (3), que «se distinguió mucho de las mujeres que padecen este mal, por sus cualidades intelectivas y morales, merced al influjo sobrenatural de los auxilios divinos», o a lo menos, confiesan con el propio Delacroix (4) que el «histerismo no explica a Santa Teresa».

(1) *Morada*, 6.^o.

(2) *Santa Teresa*, por Cunninghame Graham.

(3) *El Supermaturnlismo de Santa Teresa y la filosofía médica*, parte, 2 cap. 3.

(4) *La psicología del misticismo*.

Sin saber medicina sintomatiza y detalla sus enfermedades como no lo hiciera el mejor médico de su siglo; y a la vez para describir sus arrobamientos y uniones místicas convierte la pluma en máquina fotográfica la más impresionable y sensible. «Mi alma» llama varias veces al libro de su vida. Quien lo leyere, distinguirá claramente lo que allí es obra de la naturaleza y lo que no puede atribuirse a causas naturales, a poco que la atención se detenga en sus orígenes, en sus signos y en sus efectos.

Para que brillase en su historia con más magníficos resplandores lo sobrenatural, así como el Señor la sujetó a terribles enfermedades nerviosas, permitió también que el demonio trasfigurado en ángel de luz intentase repetidas veces (1) engañarla contrahaciendo el habla y la representación de Cristo. Pero ella ilustrada con celeste lumbre descubría al punto al tentador y dió seguros avisos para distinguirlo, como cuando observa (2): «Si es del demonio, alma ejercitada pareceme lo entenderá, porque deja inquietud y poca humildad y poco aparejo para los efectos que hace el de Dios: no deja luz en el entendimiento ni firmeza en la voluntad.»

El temor prudentísimo a equivocarse, achacando a causas sobrenaturales lo que era efecto puramente natural, desaparecía para dejar paso a una certeza clarísima hasta poder decir en ocasiones. (3) «Me parece que con todo el mundo disputara que era Dios». Ayudaba a ello, aunque la principal causa era el celestial auxilio, el

(1) *Vida*, cap. 25, 28, 31, etc.

(2) *Vida*, cap. 15.

(3) *Vida*, cap. 25.

no haberse elevado desde el principio de la conversión hasta las excelsitudes de la contemplación mística, sufriendo varios años sequedad y desolación de espíritu y cayendo en muchas faltas; con lo que pudo conocer la flaqueza de su natural y más fácilmente discernir las operaciones extraordinarias de la divina gracia.

Sí; muy acertadamente dice un escritor, (1) a quien cito con particular gusto por ser canónigo de mi cabildo de Tarragona, donde tantos sabios dan gloria a Dios y a la ciencia: «enfrente de la incredulidad moderna Santa Teresa es una prueba incontestable de la existencia del verdadero sobrenatural, que el cristianismo afirma: ello constituye un motivo de credibilidad de nuestra fe».

Parte fué para eso su espíritu observador y juiciosamente curioso. No se contentaba con encontrar la verdad; inquiría sus causas, profundizando en la averiguación cuanto le era posible. De ahí su aversión a los que llamaba *místicos negros*; y la frecuencia con que repetía: «de devociones a bobas nos libre Dios». La fuerza de su reflexión era extremada. Fija la vista en ese mundo interior que llevamos en nosotros, ahondó hasta donde quizá ningún sabio. Su poderosa mirada introspectiva apreciaba exactísimamente los diversos estados de su conciencia, los fenómenos, actos y operaciones de su alma, desmenuzando, haciendo verdadera anatomía de la vida psicológica en todos sus órdenes, manifestaciones y conceptos, cual no lo haría con más detenimiento un filósofo de la escuela escocesa, Leibnitz, de quien se ha podido decir que llevaba de frente

(1) Viñas y Camplá, *Lo sobrenatural probado por Santa Teresa*.

todas las ciencias, manifestaba haberle servido de mucho para sus hipótesis algunas ideas de Santa Teresa; nuestro gran Balmes escribió que al leerla parecía que estaba leyendo al propio Malebranche; y de un profesor doctísimo se cuenta (1) que al estudiar a la Santa «cerró el libro con grande admiración, diciendo: Ciertamente que entiendo que Santo Tomás no alcanzó a entender tanto de precisión de actos interiores como esta mujer.»

Elevada en alas de la más ferviente contemplación hasta el encendido y luminoso Tabor de lo sobrenatural escribió el nuevo apocalipsis de las comunicaciones divinas con estilo donde las palabras son otras tantas ideas y cada idea parece reproducción fotográfica de la realidad, o más bien, la realidad misma que se entra por los ojos. Hay quien coloca a la Virgen de Avila (2) al frente de uno de los grupos o escuelas en que dividen a la mística española, pero más verdaderamente vuestro, *nuestro* Verdaguer la llamó. (3)

Colon de nous hemisteris
del mon del amor de Deu.

Pues ella con su pluma surcó mares desconocidos, roturó tierras inexploradas, alzó el vuelo por horizontes elevados sobre la humana vista, y si trató de asuntos antiguos fué muchas veces de un modo enteramente nuevo, por vías y procedimientos no usados, descendiendo hasta el vulgo después de haberse remontado a las alturas relampagueantes del Sinaí, declarando llana y sencillísimamente lo más abstracto de la Teología

(1) *Memorias históricas.*

(2) Rousellot, *Escuelas místicas españolas.*

(3) *Lo Somni de Sant Joan.*

afectiva y valiéndose, para que entren por los sentidos hasta el alma los misterios más recónditos del cielo, de imágenes, alegorías y símiles tomados de objetos caseros, usuales, al alcance de todas las inteligencias; con lo que obró una especie de desamortización científica—como de Dios inspirada, aprobada por la iglesia—sacando de lo interior del santuario y de los asilos claustrales y esparciendo por el pueblo en la lengua y con el hablar del mismo las abstrusas verdades de la mística Teología, tan acertada y elocuentemente que el doctor de la Iglesia San Francisco de Sales llegó a decir que «su doctísima ignorancia ha hecho parecer ignorantísima la ciencia de muchos hombres de letras.»

No cabe duda; aunque infinidad de testigos no depusieran que durante sus éxtasis veía lo distante y lo futuro, y otros signos milagrosos no los acompañaran, lo que al salir de ellos escribía basta para que de sobrenaturales deba calificarlos quien sin prevención ninguna lo leyere, y para que se entienda qué quería decir (1) cuando hablaba de «la celestial locura a donde se desprende la verdadera sabiduría».

No conociendo la vida religiosa podrá parecer extraño lo que es bastante común en ella y, en la de nuestra Santa se descubre, que a pesar de los elevamientos y transportes espirituales, entre arrobos y deliquios y enagenamientos maravillosos, no se menoscaba antes se aumente la actividad, realzada por la discreción y el tino. La fundación de diez y nueve conventos de monjas y la parte principalísima tomada para fundar

(1) *Vida*, cap. XVI.

quince de varones, casi siempre con graves dificultades y ruda oposición, y el haber de atender a los cuidados de la naciente reforma o institución, supone trabajo incalculable.

Con razón una prima suya, que tenía motivos para saberlo, declaró (1) que «lo que escribía y despachaba de negocios no se ha oído de ninguno cosa semejante». Las cartas que de ella tenemos, pasando de quinientas y haciendo un grueso y nutrido volumen de la edición de los clásicos, de Ribadeneyra, alguien ha calculado que no son la décima parte de las que salieron de su incansable pluma: y cítanse por modelo del género epistolar en todo pero muy señaladamente en afabilidad, gracejo, donosura y cortesanía. (2) La muy ardua empresa de reformadora de la Orden carmelitana la obligó a frecuentes via-

(1) María Bautista en las informaciones de Valladolid.

(2) Véase, por ejemplo, lo que escribió al caballero don Francisco Salcedo, quién había dicho daría de buen grado seis ducados por poderla ver. «Gloria a Dios, que después de siete u ocho cartas que no he podido excusar de negocios, me queda un poco para descansar de ellos en escribir estos renglones para que vmd. entienda que con los suyos recibo mucho consuelo. Y no piense es tiempo perdido escribirme; que lo he menester a ratos, a condición que no me diga tanto de que es viejo, que me da en todo mi sér pena; como si en la vida de los mozos hubiera alguna seguridad. Désela Dios hasta que yo me muera, que después, por no estar allá sin él, hé de procurar lo lleve nuestro Señor presto....

No me pareció poco el encarecimiento de los seis ducados, mas harto más pudiera yo alargarme por ver vmd. Verdad es que merece más precio: que una monjita pobre ¿quién la ha de apreciar? Vmd., que puede dar aloja, obleas, rábanos, lechugas, que tiene un huerto y si es el mozo para traer manzanas, algo más es de apreciar. La dicha aloja diz que la hay aquí muy buena, mas como no tengo a Francisco de Salcedo *no sabemos a qué sabe*, ni lleva arte de saberlo». Repetidamente en las mismas cartas se queja del mucho tiempo que a

jes por diversas regiones, dando ocasión a que un Nuncio la llamara «fémina inquieta y andariega». Su endiosamiento no la impedía tenerse sobre la cabalgadura «tan segura como si fuese en el coche», y cuando acaecía desbocársele saber refrenarla «sin dar voces ni hacer extremos de mujer», según refería el Provincial de su Orden P. Gracián (1); ni fuéle óbice para tratar con agrado a todo el mundo, hasta el extremo de que, en frase de Fr. Luis de León, «nadie la conversó que no se perdiese por ella», y el clásico Diego de Murillo en el panegírico para las fiestas de su beatificación llamóla «piedra imán del mundo, que todo se llevaba tras sí con una violencia amorosa».

En contacto, por la multiplicidad de sus negocios, con el pueblo, de cuya habla expresiva, galana y pintoresca extrajo como de filón inagotable su copioso léxico y el decir variadísimo, es verdad también que (2) «siempre se muestra su excelsa figura rodeada de lo más noble que produjo nuestra Patria en el siglo de oro de nuestra Historia.»

Y, «como estaba hecha a tratar tan familiarmente con el Rey del Cielo, no la espantaba el tratar

ellas debía dedicar sin que le restase el suficiente para los quehaceres de su profesión y para los libros que le mandaban componer. Escribiendo al P. Gerónimo de la Madre de Dios Gracián, su compañero de reforma, a quien se apellida por sus trabajos y persecuciones el Job del Evangelio, decía: «Las *Fundaciones* van ya al cabo. Creo se ha de holgar de que las vea, porque es cosa sabrosa. Mire si obedezco bien. Cada vez pienso que tengo esta virtud, porque de burlas que se me mande una cosa la quería hacer de veras; y lo hago de mejor gana que esto destas cartas, que me mata tanta baranda. No sé cómo me ha quedado tiempo para lo que he escrito.»

(1) *Escolios y adiciones a la primera vida de Santa Teresa.*

(2) Lamano, *Santa Teresa en Alba*: prólogo.

con los señores de la tierra» a los cuales, riendo, reprendía con tanta fuerza en las palabras humildes, que ellos no sólo no se alteraban sino que se lo agradecían y la tomaban grande amor y se enmendaban. (1).

Con personas de ciencia conversó también frecuentemente, pues «jamás hacía cosa sin hacer aprobación primero de los más grandes y doctos hombres del reino» (2) y «fué muy amiga de platicar con buenos y grandes letrados» (3) sin cuyo parecer solía no hacer nada (4). De esta comunicación con todas las clases sociales provino que sus libros, en particular la historia de su vida y la de sus fundaciones, sean una de las fuentes más preciosas para conocer el verdadero carácter del pueblo español entonces, tan diferente del idealismo con que se le exalta en el teatro como del materialismo con que se le deprime en la novela, y visto y retratado por la Santa de Castilla según era en la realidad y no al través del prisma de prejuicio ninguno.

La vida dentro del claustro bien claramente en la suya se ve no ser vida de ociosidad y de inacción, pues juntáronse, de las dos hermanas de Lázaro, María y Marta, la contemplación y el trabajo. Por los informes que para su beatificación se tomaron sabemos que no sólo supo primorosas labores de manos, de las cuales inventó algunas, sino que hacía la comida (5) y las camas (6) lim-

(1) Sor Teresa de Jesús, en las Informaciones de Avila.

(2) El P. Juan de Alarcón en las Informaciones de Avila.

(3) Diego de Yepes, en el prólogo de la *Vida de la Madre Teresa de Jesús*.

(4) *Vida* cap. 36.

(5) Dorotea de la Cruz, informaciones de Valladolid.

(6) Francisca de la Cruz, informaciones de Valladolid.

piando y barriendo los lugares mas humildes (1). Cuando iba al locutorio a hablar con alguna persona «llevaba allí su recado de labor y lo hacía» (2), de suerte que «nunca estaba ociosa» (3).

No, el que supiere que hubo en el mundo una Santa Teresa, no podrá hablar de la *mística holganza* que tantas veces se pone en boca al mentar los conventos.

Ni podrá decir tampoco que el retiro en ellos debilita, desvirtúa o rebaja los caracteres. El de Santa Teresa no perdió allí nada de entereza y energía, sino todo lo contrario. A pesar de no haber «estado un día sin tener dolores» (4), tales que «eran en un sér desde los pies a la cabeza (5), y no obstante algunos rasgos de timidez congénita como el de que «aún en una pieza sola no osaba estar de día muchas veces». (6), y los cuerpos muertos le *enflaquecían el corazón* «aún no estando sola» (7), siendo, en frase de su panegirista el venerable Palafox (8), «más fácil fundar tres Religiones que reformar una», hizo lo que «ninguna mujer» (9) ha hecho: fundar y reformar una Orden que abraza por igual a los dos sexos; para lo que debió luchar (10) «contra calumnias y amenazas, contra las torpezas de los amigos, contra las perfidias de los falsos hermanos.»

(1) Ana de la Encarnación, informaciones de Granada.

(2) Guiomar del Sacramento, informaciones de Salamanca.

(3) Isabel de Santo Domingo, informaciones de Avila

(4) *Morada* 7.^a, cap. 1.^o.

(5) *Vida*, cap. 4.

(6) Relación 7, al P. Alvarez.

(7) Fundaciones, cap. 19.

(8) Nota a la carta 1.^a de Santa Teresa a Felipe II.

(9) Fr. Felipe Martin, *Santa Teresa y los Predicadores*.

(10) Henry Joly, *Sainte Thérèse*.

A un rey como Felipe 2.º le hizo saber de parte de Dios (1), «que no procedía bien ni conforme a su gusto; y que se acordase que el rey Saul había sido escogido y ungido»; y como, a pesar del aviso, continuase *descuidado* tornóle a escribir, en el mismo tono, de orden del monarca Supremo.

Las casas religiosas «con tanta facilidad las hacía como las descomponía». (2) Perturbando con sus caprichos la princesa de Eboli el convento de Pastrana a donde se había retirado a la muerte de su marido, dijo resueltamente la Santa (3): «No hallo por qué se ha de sufrir aquella servidumbre» e inmediatamente sacó de allí sus monjas. «Grande, escribe D. Vicente de la Fuente (4), debió ser el despecho de la altanera dama y favorita de Felipe 2.º por tal desaire, aunque tan merecido. De ahí su deseo de venganza y la delación del libro a la Inquisición.»

Recogido por ésta el manuscrito de la *Vida* y sabiendo que «andaban con cuidado buscando todos los papeles», decía (5) que «por sí no le daba cuidado, porque bien sabía Dios la verdad y sinceridad con que había dicho lo que en aquel libro estaba». En la fundación del Convento de Sevilla una novicia que se salió acusó a las monjas delante de la Inquisición; el Superior de la Orden «estaba con gran miedo» (6) y era la monja de Avila quien le daba ánimos. Publicamente algunas veces se dijo (7) que «en un

(1) *Memorias historiales.*

(2) Julián de Avila, *Vida de Santa Teresa.*

(3) Carta al P. Báñez, 1574.

(4) Introducción a la *Vida de Santa Teresa.*

(5) Ana de Jesús, en las Informaciones de Madrid.

(6) Gracián en las *Notas a Ribera.*

(7) Informe de Ana de los Angeles en las declaraciones de Avila.

brasero había de ser castigada por la Santa Inquisición.» Además, cuenta ella (1), «iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios y que podría ser me llevasen a la Santa Inquisición levantándome algo»; pero muy sosegadamente añade: «A mi me cayó esto en gracia y me hizo reir».

El celeberrimo Bartolomé de Medina (2) «públicamente en su cátedra dijo que era de mujercillas andarse de lugar en lugar y que mejor estuviera en su casa rezando e hilando»; sabido lo cual por la Santa fué a buscarle para decirle que «pues era catedrático de Teología en Salamanca le requería de parte de Dios la examinase con todo rigor como quien examina un hereje».

Refiriéndose al Provincial de una Orden muy influyente, escribía al P. Gracián: «Yo digo a vuestra Paternidad, que tengo tan poco miedo a sus fieros, que yo me espanto de la libertad que me da Dios».

A propósito del arzobispo de Burgos manifestaba (3): «Reirme he del miedo que nos pone que quitará el arzobispo el Monasterio. Ya él no tiene que ver con él; no sé para que le hacen tanta parte. Primero se moriría que saliese con ello.»

A D. Diego Ortiz que no le secundaba los deseos relativos a las Misas de los Capellanes en la fundación del convento de Toledo advertíale: «No pienso defenderme con razones sino, como los que tienen mal pleito, ponerlo a voces y darlas a Su Señoría, con acordarle a que está mas obligado a favorecer a las hijas que son huérfanas y menores que no a los capellanes, algunos

(1) *Vida*, cap. 33.

(2) Información suya en el proceso de Avila.

(3) Carta a la Madre Ana de Jesús.

de los cuales van con ganas de acabar presto y no con más espíritu.»

Hasta de los demonios decía que no temiera «tomarse con todos ellos a brazos» y que ellos eran los que la habían de temer a ella (1). Veces hubo en que parece estaba todo el infierno conjurado en su contra. Teníanla por endemoniada (2). Burlábanse otros de ella creyéndola ilusa (3) Citábanle casos de otros embelecos e ilusiones severamente castigados; llegando las cosas al punto de escribir: «Temía que no había de haber con quien me confesar sino que todos habían de huir de mí.» Y hasta pedían se la encarcelase (4). No por eso dió paso atrás en sus caminos.

No la detenían de sus propósitos ni los elementos, ni los hombres, ni las enfermedades. Contando que un día tormenta terrible la dificultaba ir a la iglesia, dijo (5): «Aunque me pusieran lanzas a los pechos, me parece entrara por ellas, cuanto más agua». Era muy verdad lo que otra vez escribía (6): «No hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla»; y lo que decía hablando con Dios (7): «Me parece que no se me ofrecerá cosa por vuestro amor, que con gran determinación me deje de poner a ella». Por eso pudo afirmar (8) «nunca dejé fundación por

(1) *Vida*, cap. 25

(2) Declaración de Isabel Bautista en las *Informaciones de Avila*.

(3) *Vida*, cap. 26.

(4) *Vida*, cap. 23.

(5) *Vida*, cap. 43.

(6) *Vida*, cap. 4.

(7) *Vida*, cap. 6.

(8) *Fundaciones*, cap. 18.

miedo del trabajo». De cuerpo entero retrátase su carácter en los escritos tanto como en los hechos que se refieren de su vida. Óiganse las siguientes palabras de *El Camino de la perfección*. «Importa mucho y el todo una grande y determinada determinación de no parar hasta llegar... venga lo que viniere; suceda lo que sucediere; trabájese lo que se trabajare; murmure quien murmurare: siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él: siquiera se hunda el mundo.» Algunas de sus poesías parecen llamadas de clarín guerrero, como ésta:

«No haya ningún cobarde;
aventuremos la vida,
pues no hay quien mejor la guarde
que el que la da por perdida.
Pues Jesús es nuestro guía
y el premio de aquesta guerra,
ya no durmais, ya no durmais,
porque no hay paz en la tierra.»

En muchas de sus cartas revélase también su espíritu varonil, firme y animoso. En una que escribió al P. Gracián refiriéndose al Arcediano de Toledo a quien por las tempestades que había promovido llamaba irónicamente *San Telmo* decía: «Háse hecho cuanto se ha podido en el caso; y como ello sea cosa que toque en agradar a Dios, húndase el mundo. Ninguna pena me ha dado ni se la dé a vuestra Paternidad. Nunca nos venga bien yendo contra la voluntad de nuestro Bien... Dios nos libre de haber menester a las criaturas. Plegue a Dios nos deje ver sin haber menester mas que a él... Qué mal entendida me tienen. Plegue al Señor entienda yo siempre hacer su voluntad».

Santa varonil la llama el P. Zugasti (1) y a fe que con razón sobrada. Bien se conocía a sí misma cuando dijo: (2) «De mi natural suelo, cuando deseo una cosa, ser impetuosa en desearla». Y en otra parte (3): «Dicen que no tengo el ánimo pequeño; y se ha visto me lo dió Dios harto más que de mujer... Por grandísimos trabajos que he tenido en esta vida no me acuerdo haberme afligido; que no soy nada mujer en estas cosas: tengo recio corazón». Muy exactamente escribía Palafox en carta memorable (4): «Aunque fué mujer en la naturaleza, pero en el valor y en el espíritu, en el celo y la grandeza de corazón, en la fortaleza del ánimo y superioridad al concebir, al pensar, al resolver, al ejecutar, al obrar, fué un varón esclarecido.» Ya en su tiempo un Maestro de la Orden de Santo Domingo a quien el famoso P. Báñez (5) preguntó qué le parecía de Santa Teresa, contestóle: «¡Oh! ¡oh! Habíadesme engañado; que deciademes que era mujer: a fe si no es hombre varón de los muy barbados.»

Reconocía ella la «flaca complexión» de las mujeres (6) y ser «mucha la flaqueza» de su sexo (7); pero no ignoraba lo mucho que puede una recia voluntad, mayormente con la ayuda de la divina gracia, para hacer obras superiores a lo ordinario de la naturaleza femenina. Por eso escribió a la que iba a ser Priora de Sevilla: (8) «Mire que

(1) *Santa Teresa y la Compañía de Jesús*, cap. 1.º

(2) *Relación* 2.ª

(3) *Vida*, cap. 8.

(4) *El General de los Carmelitas Descalzos*.

(5) *Vida de la Madre Isabel de Santo Domingo*, lib. 2.º

(6) *Morada* 4.ª, cap. 3.ª

(7) *Vida*, cap. 23.

(8) *Ana de Jesús*.

es principiar un nuevo reino; y que vuestra Reverencia y las demás están muy obligadas a ir como varones esforzados y no como mujercillas.» Y en general (1) amonestaba a sus religiosas: «No querría yo fuédeses mujeres en nada, sino varones fuertes; que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles que espanten a los hombres.»

Cuéntanos que algunas veces, afligida, decía: (2) «Señor mío ¿cómo me mandais cosas que parecen imposibles?, que, ¡aunque fuera mujer! ¡si tuviera libertad! mas, atada por todas partes...» Viendo, refiérenos, el crecimiento de los protestantes en Francia, (3) «fatiguéme mucho; y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor». «Paréceme, añade (4), que contra todos los luteranos me pondría yo a hacerles entender su yerro». Quien la conoció (5) afirma haberla oído que «si fuera lícito que las mujeres pudieran ir a enseñar la fe cristiana, fuera ella a tierra de herejes, aunque le costara mil vidas, a enseñarla». Y el primer historiador de su vida dejó escrito (6) que «tenía mucha envidia a los predicadores, porque quisiera ella hacer otro tanto, y que le fuera lícito dar voces a los Reyes y Señores y a todos los hombres y desengañarles y traerles al verdadero camino».

(1) *Camino de perfección.*

(2) *Vida*, cap. 33.

(3) *Vida*, cap. 36.

(4) *Vida*, cap. 40.

(5) Gabriel de Santo Domingo en las Conferencias de Avila.

(6) Libro IV, cap. 10.

No por eso creyó que fuese una desgracia el ser mujer (1). Ya que no podía desempeñar determinados oficios de apostolado, ejercitaba entusiasta y ahincadamente todos los que le era dable, y en ellos quería tomaran parte las demás mujeres en la extensión y forma posibles. El mejor de sus libros, las *Moradas o el Castillo interior*, escribiólo porque (2) «mejor se entienden el lenguaje unas mujeres de otras»; y, añadía: «Por esto iré hablando con ellas en lo que escribiere, y porque parece desatino pensar que pueda hacer al caso a otras personas.» La explicación del difícilísimo *Cantar de los Cantares*, de Salomón, a la que puso por título *Conceptos del amor de Dios*, emprendióla «para consolación de las hermanas» (3) Y es que la Iglesia no rechaza

(1) Oiganse las siguientes palabras, bien merecedoras de ser conocidas, del libro de las Fundaciones, en su capítulo 20:

«Habiendo ya tenido cuatro hijas cuando vino a nacer Teresa de La Iz, dió mucha pena a sus padres de ver que también era hija. Cosa cierta para llorar, que sin entender los mortales lo que les está mejor, como los que del todo ignoran los juicios de Dios, no sabiendo los grandes bienes que pueden venir de las hijas, ni los males grandes de los hijos, no parece que quieren dejar al que todo lo entiende y lo crfa, sino que se matan por lo que se habrían de alegrar; como gente que tiene dormida la fe, ni van adelante con la consideración, ni se acuerdan que es Dios el que así lo ordena, para dejarlo todo en sus manos.»

(2) *Prólogo.*

(3) En el capítulo 1.º, ponderando lo difícil que es comentar aquel Sagrado Libro, decía a sus religiosas: «Parecerá demasiada soberbia la mía quereros yo declarar algo... Lo que pretendo yo es... deciros lo que por ventura os consolaría como a mí. . Al Señor tengo por cierto no le pesa que nos consolemos y deleitemos en sus palabras y obras; como se holgaría y gustaría el rey, si a un pastorcillo amase y le cayese en gracia, y le viese embobado mirando el

del festín intelectual a las mujeres, y aun a las consagradas por votos solemnes permítelas pulsar la lira de los vates, la que, como la Santa de Avila, manejaron admirablemente, entre otras muchas mujeres, la peruana Juana Inés de la Cruz, las sevillanas Valentina Pinedo y Francisca de Santa Teresa, la salmantina Bernarda de Santa María, y la carmelitana Gregoria Francisca Parra.

Lo más elevado de las ciencias sobrenaturales, la Mística, no se vedó a la pluma femenina; y a la de Santa Teresa fuéle permitido hacer lo que no hiciera ningún teólogo, *popularizar la Teología Mística*, por la dificultad, dice un escritor teresiano, «de poderla explicar llanamente y en lengua española, cuando la Iglesia, en vista de las exageraciones protestantes, recelaba de los escritos teológicos en lengua vulgar, y la Inquisición avizoraba todos los libros místicos.»

La enseñanza más alta, que es la aprendida directamente de los labios de Dios, no se ha prohibido a las mujeres; y las revelaciones divinas que refieren en sendos libros Santa Gertrudis, Santa Mechtildis, Santa Angela de Fulgino, Santa Ludgardis, Santa Brígida, Santa Catalina de Sena, Santa Liduvina, aprobadas fueron antes que escribiera las suyas Santa Teresa; la cual asegura que se manifiesta y revela Dios a las mujeres más que a los hombres (1) Las revelaciones de

brocado, y pensando qué es aquello y cómo se hizo; que tampoco nos hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor.»

(1) «Hay muchas más que hombres a quien el Señor hace estas mercedes extraordinarias, y esto oí al Santo Fray Pedro de Alcántara, y también lo he visto yo, que decía aprovechaban mucho más en este camino que hombres, y daba dello excelentes razones, que no hay para qué las decir aquí, todas en favor de las mujeres.» *Vida*, cap. 4^o.

ella, por venir de mujer, eran menospreciadas de algunos hombres de su tiempo, a los que su primer historiador, el jesuita Francisco de Ribera, (1) briosamente refutaba.

En sus mismos días (2) los varones más instruidos y preclaros llamábanla «Maestra de oración y de cosas de espíritu, como otras personas muy doctas lo eran de otras facultades que habían profesado». Clemente XIV dijo (3) que era «un Padre de la Iglesia». Y Pío X, después de observar que «reunió los ricos carismas de los hombres insignes del siglo de oro», añade (4)

(1) «Si las mujeres que las tienen son mejores y más agradables a Dios que los hombres que esto dicen, ¿por qué se espantan que tengan ellas lo que no tienen ellos, por no haberse así entregado a Dios, pues delante de Dios no hay hombre ni mujer, todos son criaturas suyas, y a quien más se le dá, más se dá él también? Tampoco no se me dará mucho que lo digan así, si miran bien lo que dicen, porque las que con fortaleza vencen sus pasiones y las sujetan a Dios, hombres se han de llamar, y los hombres que se dejan vencer de ellas, mujeres son. No consiste esto en la diversidad del cuerpo, sino en la fortaleza del alma. Vean si lo siente así la Iglesia, pues a vírgenes muy valerosas, como Santa Inés, Santa Agueda, manda rezar el oficio de los mártires para declararnos que las habemos de contar por varones. Tan clara cosa es ésta, que no hay para qué probarla, pues aun los libros de los gentiles están llenos de ésto, y el antiguo poeta romano Ennio dijo:

«Vosotros ¡oh mancebos! de mujeres
Tenéis el corazón; y aquella virgen
Le tiene de varón.»

Así que no hagamos caso de revelaciones de mujeres, que quiere decir de personas flacas y rendidas a sus pasiones; pero de las de una mujer más varonil que muchos grandes varones, tan animosa y tan valerosa, y de las que a ella se parecieren, mucho caso se debe hacer.»

(2) Yepes, *Vida de Santa Teresa*, lib. 3, cap. 18.

(3) Carta de 19 de Abril de 1749.

(4) Carta al General de las Carmelitas para la conmemoración del Centenario de la Beatificación.

que «justamente concede la Iglesia los honores propios de los doctores a esta esclarecida virgen.» Si, contra lo que los Padres Manuel de Santo Tomás, Juan de San Luís, Antonio de San Joaquín y otros escriben, la Universidad de Salamanca no le dió los honores académicos de Doctor con aprobación de Urbano III, es la verdad que el común sentir de la Iglesia la ha sentado en el coro de sus doctores, en expresión de Bossuet (1).

Su calidad de mujer no la impidió reformar, dándole mayor rigidez, el más antiguo de los institutos monásticos; y en San Pedro del Vaticano su estatua se venera y admira entre las de los grandes fundadores de órdenes religiosas.

La Mística Doctora, la Reformadora del Carmelo, basta para demostración irrefragable de que la Iglesia no es enemiga del verdadero y justo feminismo.

Las consideraciones con que vengo quizá cansando vuestra paciencia, de la que no quiero abusar por más tiempo; el que Teresa de Jesús brille como ornamento purísimo de la religión, habrá sido suficiente para que no celebren este centenario los que se llaman antirreligiosos y los que lo son tanto no llamándose sino anticlericales.

Se le ha hecho al rededor el vacío. Tramóse contra él la conspiración del silencio. Tiénenle declarado el *boycotage* los sectarios que, subidos a lo alto de las columnas de la prensa, disponen de las vocingleras bocinas de la fama.

(1) *Sur les états de oraison.*

No importa que se trate de la «mujer maravillosa y sin par en la historia de la humana inteligencia» (1); en balde es que se hayan escrito libros enteros (2) tratando únicamente de los libros escritos acerca de ella. No perdonan a la escritora el haber sido santa; a sus ojos desmerece la mujer ilustre por haberse consagrado de por vida al servicio de Dios.

Vosotros, los católicos reusenses, habéis puesto lo que en vuestra mano estaba para honrar a la que es honor de la religión y de la raza española. Como a Santa le tributásteis extraordinarios cultos en el templo, como a sabia le ofrecéis las flores de la elocuencia y de la poesía en este teatro. Para glorificar ambos atributos juntamente, la virtud y la sabiduría, llamasteis a todos los ingenios de España celebrando el presente Certamen nacional.

Bien haya tal iniciativa, propia de vuestra inteligencia y de vuestro celo. Cuantos desapasionadamente juzguen, habrán de ponderarla en todo lo que vale.

Yo tal valor la concedo, que he venido a presidir este acto, que es su hermosa y feliz consecuencia; y, puesto entre vosotros a quienes tanto estimo, no me atreví a rehusar la honra de juntar mi voz pobre y opaca a la muy sonora y elocuente de los oradores que habemos aplaudido; y al monumento erigido aquí en honor de la santa escritora llevé mi granito de arena presentándola como apología viviente de las órdenes monásticas y congregaciones regulares.

Ojalá que todos los aquí reunidos con el fin de

(1) *Santa Teresa, doctora mística*, por el P. Luis Martín, General de los Jesuitas.

(2) Curzón. *Bibliographie Thésésiane*.

honrar a la Seráfica Doctora del Carmelo, por su intercesión consigamos imitar sus virtudes para ser eternamente dichosos a su lado, al lado de la que por el poeta inglés fué llamada «luna de las virgíneas estrellas, bella hermana de los serafines».

HE DICHO.

O S C. S. R. E

LIBROS DEL MISMO AUTOR

- La exposición continua del Santísimo (1892).
Las aras de la Catedral de Lugo (1892).
El Pontificado (1892).
El darwinismo y la ciencia (1893).
Historia del culto eucarístico en Lugo (1894).
El Monasterio de Samos (1894).
Historia de la enseñanza en Lugo (1894), obra premiada.
El gran gallego (1894), obra premiada.
Los Benedictinos de Monforte (1895), obra premiada.
De la región gallega (1897).
El Señorío temporal de los Obispos de Lugo (1897); dos volúmenes, obra premiada.
Las poesías de Feijóo (1899).
Los escritos de Sarmiento (1902).
Argos divina (1902), obra premiada.
El Derecho español en sus relaciones con la Iglesia (1902), obra premiada (edición tercera, 1911), 5 pesetas.
El Obispo San Capitón (1903), obra premiada.
La Censura eclesiástica (1904), obra premiada.
Los daños del libro (1905).
Estudios Canónicos (1906).

- La importancia de la Prensa (1906).
De la Diócesis del Sacramento (1907).
La Cruzada de la Buena Prensa (1907).
Sermones (1908).
Injusticias del Estado español (1909).
El clero en la política (1909).
El presupuesto del clero (384 páginas, 1910), 1
peseta.
Vida póstuma de un Santo (1911).
Discursos pronunciados en Lugo (1911).
Los siete pecados capitales (1911).
Sádaba y su Cristo (1912).
El alcoholismo (1913).
Por la Iglesia española (1913).
Los trabajadores en el periódico católico (1914).
- 

FOLLETOS RELATIVOS A LA PRENSA

La acción del Sacerdote en la Prensa.

La mujer y la Prensa.

¡Sacerdotes al periódico!

Una limosna para la Prensa.

Las asambleas de la Prensa.

Gratitud a los periodistas.

La Patrona del periodismo.

La Prensa como arma de combate.

La pluma del periodista.

La agencia católica de información.

Quien sepa escribir, escriba.

El gran rotativo católico.

Vitalidad de la prensa no diaria.





